



En momentos en que se publica una nueva -y notable- traducción de Secuestro y cuando faltan meses

para conmemorar los 150 años de su nacimiento, vale la pena revisitar los vastos territorios que trazó en su obra el autor de *La Isla del Tesoro* y *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde*

“**S**in embargo, cuando, finalmente, me quedé solo, me quedé solo, me quedé solo”, murmuró justo al cadáver en su única jefa guerrera. Tumbado, el hombre por el que le conocían los nombres de la isla en que finalmente había roto y que significaba literalmente “el contador de historias”, se había desplomado en la terraza del jardín esa tarde del 3 de noviembre de 1894, a los ocho y tres minutos. Se tomó la cabeza con las manos y comenzó a articular un periplo: “¡qué es lo que me ocurre!”. Un desmayo cerebral puso fin a la dramática carrera contra la muerte que se había abierto durante su infancia, en Edimburgo, donde Robert Louis Stevenson nació el 13 de noviembre de 1850.

El homenaje de los jefes escoceses en esa sala es un reconocimiento de la apasionada defensa de los nativos que Stevenson sostuvo durante los cinco años que alcanzó a vivir en esa isla del Pacífico Sur. En la expedición de un adolecente que sobrevivió con creces la palabra, cuando aquellos que se senta han junto al escritor, a la hora del crepúsculo, para recordar sus relatos, descubren toda la fuerza abriendo a golpes de machete un camino en la jungla hasta la cima del monte Vana, de cara al mar, donde Stevenson fue sepultado según su voluntad: “Vajo al viento y estrellado cielo / casual la luna y dejados desiertos. / No gozo viv y alegrementa muero. / Sólo deseo pedirme algo. / que sean entre los vientos que en mí también graben: / Aquí yace, cuando más viví; / el marino ha vuelto a casa / y el cazador volvió de la colina”. Sobre un lecho de coral y piedra volcánica, a la usanza de los reyes. Isleño, el autor de *La Isla del Tesoro* dentro un sueño poblado de piratas y legítimos.

El placer de viajar

Cuando Stevenson descubrió en Samoa, en 1889, era ya un escritor célebre, que tenía a su haber no sólo la peripécia de *Jim Hanks* entre los filipinos, sino también *El Doctor Jekyll y Mr. Hyde*, tal vez la apasionada más feliz e inquietante al tema del otro que dio la literatura del siglo XIX. Era también un viajero temo (“No viajé por ir a

algún lugar”, decía, “viaje por el placer de viajar”) que había recorrido Europa, América del Norte y gran parte de las islas que de joven capturaron su imaginación en la sombría Edimburgo. Y era un hombre enfermo, perseguido por la tuberculosis y otros males que

se dejaban de portar cada vez más insistentemente. Su figura, al final de su vida, era la de “un signo de interrogación”, pero la mirada penetrante recordaba todavía al muchacho bohemio a quien las patas de su ciudad natal, que llegaron a conocerlo mejor que nadie, apodaban “Chiquito de Teófilo”.

Stevenson se forjó una vida a golpes de voluntad. Se pelee con su familia cuando decidió abandonar la carrera de ingeniería por los estudios de derecho, una profesión que su padre, constructor de ferrocarriles, consideraba poco seria. Pero lo fue cuando en Francia, donde había empujado para internarse en un sanatorio, conoció a Fanny Osbourne, una divorciada estadounidense que lo llevaba diez años de ventaja: ella tenía 30 y él nada más que 25. El noviazgo fue tumultuoso y sólo se agilizó cuando, tras un largo peregrinar por las Bahamas americanas, Stevenson y Fanny contrajeron matrimonio, en una aventura del más puro romántico que la española Rosa Montero ha reconstruido recientemente en su libro *Pasados*. Luego se dedicó a escribir y produjo, en menos de una década, un puñado de libros sobresalientes, que aún hoy fascinan y atraen, cuando la inocencia creativa -según afirma el traductor de la más reciente edición de Secuestro, Marcelo Cohen- se ha perdido en los miedos del siglo XX.

Pálido reflejo

Fue el periplo norteamericano el que inspiró a Stevenson a escribir su obra maestra o, al menos, la que lo hizo famoso y que desde entonces ha echado cierta sombra sobre sus notables ensayos y demás novelas. Perseguido a Fanny Osbourne, se retiró en Glasgow el 7 de agosto de 1873, y atravesó Estados Unidos en tres

señales y sin dinero, comenzó en los montañas a un cazador de osos asiendo de Kit

Curran; se involucra con los bailarines de Monterrey y los cazadores de tesoros de Punta Lajes; una India le salva de morir y quien se pone a su cuidado es un viejo pirata oriundo de Námba, que ha pasado a retiro para convertirse en bodeguero. De regreso en Inglaterra, hacia 1881, Stevenson comienza a escribir *La Isla del Tesoro* para entretener a Lloyd Osbourne, hijo de Fanny, a la sazón de

La Provincia de

Robert Louis Stevenson. La Provincia de la imaginación

[artículo] Carlos Maldonado R.

Libros y documentos

AUTORÍA

Maldonado R., Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Robert Louis Stevenson. La Provincia de la imaginación [artículo] Carlos Maldonado R. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile